

manecí allí no conocí más que á trabajadores. En Inglaterra eso hubiera sido imposible; en este país encontramos un número considerable de personas de ambos sexos que no vacilaban en presentarse públicamente, lo mismo en Londres que en las provincias, ya para favorecer la organización de mitins socialistas, ó ir en tiempo de huelga á recorrer los parques recolectando auxilios. Además, allí veíamos un movimiento parecido al que habíamos presenciado en Rusia en los primeros años después del 70, cuando nuestra juventud corrió « hacia el pueblo », aunque no con tanta intensidad, tan lleno de abnegación y tan completamente desprovisto de la idea de « caridad ». Aquí también, en Inglaterra, una multitud de personas fueron, por modos diferentes, á vivir entre los trabajadores en los asilos nocturnos, en las casas del pueblo y en todas partes, y conviene hacer constar que el entusiasmo que entonces existía era muy grande. Muchos, probablemente, imaginaron que ya había empezado la revolución social; pero, como por lo general ocurre siempre en tales casos, cuando la mayoría vió que, tanto en dicho país como en todas partes, quedaba todavía un duro y penoso trabajo que hacer, se retiraron de la vida activa, y hoy se contentan con no ser más que simpatizadores.

## XVII.

En este movimiento tomé una parte activa, y con algunos compañeros ingleses empecé á publicar, además de los tres periódicos socialistas que entonces existían, una revista anarquista comunista mensual, llamada *Freedom*, que sigue existiendo todavía. Al mismo tiempo reanudé mis trabajos sobre el anarquismo, que interrumpí en el momento de mi prisión. La parte crítica de ellos fué publicada por Elíseo Reclus, durante el tiempo que estuve en Clairvaux, con el título de *Palabras de un Rebelde*. Después me dediqué á escribir la parte constructiva de la sociedad comunista anarquista — hasta donde era posible concebirla — en una serie de artículos publicados en París en *La Révolte*, porque « nuestro hijo », perseguido por hacer propaganda antimilitar, se había visto obligado á cambiar de nombre, teniendo ahora un título femenino. Más adelante, estos artículos se publicaron en una forma más acabada en el libro *La Conquista del Pan*.

Estas investigaciones fueron motivo de que yo estudiara más detenidamente ciertos puntos de la vida económica de las naciones civilizadas de la época.

La mayoría de los socialistas han afirmado hasta ahora que en nuestras presentes sociedades civilizadas producimos actualmente mucho más de lo que se necesita para asegurar el bienestar á todos; que el defecto estaba sólo en la distribución, y en caso de efectuarse una revolución social, todo quedaría reducido á que cada uno continuara yendo, como antes, á su fábrica ó taller, en tanto que la sociedad tomaba por sí misma posesión del « valor sobrante » ó utilidades que ahora recoge el capitalista. Yo, por el contrario, opinaba que, bajo las presentes condiciones de propiedad particular, la producción misma había seguido una senda errónea, siendo completamente inadecuada, hasta respecto á las más apremiantes necesidades de la vida. Ninguno de los artículos

que aquéllas reclaman se producen en mayor cantidad de lo que se necesitaría para asegurar el fin indicado, y el exceso de producción, de que tanto se ha hablado, no significa otra cosa sino que las masas son muy pobres, hasta para comprar aun lo que se considera actualmente como de primera necesidad. Pero es indudable que en todo país civilizado, la producción, tanto agrícola como industrial, se debería y fácilmente se podría aumentar extraordinariamente, con objeto de asegurar el reinado de la abundancia para todos. Esto me indujo á considerar los recursos de la moderna agricultura, así como los de una educación que diera á cada uno los medios de poder ejecutar á un tiempo lo mismo un trabajo manual agradable que otro intelectual. Desarrollé estas ideas en una serie de artículos publicados en el *Nineteenth Century*, que posteriormente han visto la luz en un libro titulado *Campos, Fábricas y Talleres*.

Otra gran cuestión embargaba mi mente. Se sabe hasta qué punto la fórmula de Darwin, llamada « lucha por la existencia », ha sido interpretada por sus partidarios en general, aun por los más inteligentes, tales como Huxley. No hay infamia alguna en la sociedad civilizada ó en las relaciones de los blancos con las llamadas razas inferiores, ó en las del fuerte con el débil, que no pueda encontrar su excusa en ella.

Hasta durante mi residencia en Clairvaux vi la necesidad de reformarla, así como su aplicación á las relaciones humanas. Los pasos dados por algunos socialistas en esta dirección no me dejaron satisfecho; pero encontré en una conferencia dada por el zoólogo ruso, profesor Hessler, una verdadera expresión de la ley de la lucha por la existencia. « El apoyo mutuo — dijo en ella — es tan ley de la naturaleza como la mutua lucha; mas en cuanto á la evolución *progresiva* de las especies, la primera es mucho más importante que la segunda ». Estas pocas palabras, confirmadas desgraciadamente por sólo un par de ejemplos (á los que Syvertoff, el zoólogo de quien he hablado en uno de los capítulos anteriores, agregó uno ó dos más), contenían para mí la clave de todo el problema.

Cuando Huxley publicó en el 88 su atroz artículo « La lucha por la existencia es todo un programa », me decidí á presentar en forma comprensible mis objeciones á su modo de entender la referida lucha, lo mismo entre los animales que entre los hombres, cuyos materiales estuve acumulando durante dos años. Hablé del particular á mis amigos; pero hallé que la interpretación de « lucha por la existencia » en el sentido del grito de guerra, « ¡Ay de los vencidos! », elevado á la altura de un mandato de la naturaleza revelado por la ciencia, estaba tan profundamente arraigado en este país, que se había convertido poco menos que en dogma. Sólo dos personas me ampararon en mi rebeldía contra esa errónea interpretación de los hechos de la naturaleza, siendo uno de ellos Mr. J. Knowles, director del *Nineteenth Century*, quien con su admirable perspicacia, en el acto se hizo cargo de la parte fundamental de la cuestión, y con una energía verdaderamente juvenil, me alentó en tal empresa. El otro, cuya pérdida todos lamentamos, fué Mr. H. W. Bates, á quien Darwin, en su *Autobiografía*, describe como uno de los hombres más inteligentes que jamás había conocido. Era secretario de la Sociedad de Geografía, y de ahí que yo le conociera

y le hablara de mis intenciones. La idea le pareció excelente: « Sí, hacéis bien en escribir en ese sentido — me dijo —; ese es el verdadero darwinismo, y es vergonzoso el considerar lo que han hecho con dichas ideas. No dejéis de realizarlo, y cuando lo hayáis terminado, os enviaré una carta apoyando el pensamiento, que podéis publicar también ». No era posible encontrar personas más autorizadas que me alentaran, y al efecto, empecé á trabajar, publicándose después la obra en la revista mencionada, con los títulos de *El apoyo mutuo entre los animales, Entre los salvajes, Entre los bárbaros, En la ciudad medioeval y Entre nosotros*. Desgraciadamente olvidé someter á la aprobación de Bates los dos primeros artículos de estas series, que tratan de los animales, y fueron publicados antes de su muerte. En cuanto á la segunda parte de la obra, *El apoyo mutuo entre los hombres*, espero tenerla pronto terminada; pero como me ha costado varios años de trabajo, en ese tiempo él nos abandonó.

Las investigaciones que necesité hacer durante estos estudios, á fin de ponerme al corriente de las instituciones del período bárbaro, y de las de las ciudades libres medioevales, me llevaron á otras igualmente importantes: la parte representada en la historia por el Estado durante sus postreras manifestaciones en Europa, en los tres siglos últimos. Siendo, por otra parte, el estudio de las instituciones del apoyo mutuo en diferentes grados de civilización, causa de que examinase las bases evolutivas del sentido de lo justo y lo moral en el hombre.

\*\*

En los últimos diez años, el crecimiento del socialismo en Inglaterra ha tomado un nuevo aspecto. Los que sólo juzgan por el número de mítins socialistas y anarquistas celebrados en el país y el auditorio que á ellos concurre, se encuentran inclinados á decir que la propaganda socialista se halla ahora en decadencia; y los que toman como base de su juicio el número de votos concedidos á los que pretenden representar la idea en el parlamento, vienen á parar á una análoga conclusión. Pero la profundidad y penetración del movimiento socialista no pueden apreciarse en ninguna parte por el número de votos otorgados á favor de aquellos que dan más ó menos carácter socialista á sus programas electorales, y esto es lo que sucede precisamente en Inglaterra. Ocurriendo que, de los tres sistemas de socialismo que formularon Fourier, San Simón y Roberto Owen, el último es el que domina allí y en Escocia. Así que, no es tanto por el número de mítins ó de votos emitidos por lo que se puede juzgar de la intensidad del movimiento, sino por la infiltración del punto de vista socialista en las uniones de oficios, en las sociedades cooperativas y en el llamado socialismo municipal, como igualmente la propagación de tales principios por todo el país. Considerado bajo este aspecto, la extensión que ha alcanzado ese orden de ideas es inmenso, comparada con lo que era en el 68, no dudando en afirmar que es verdaderamente colosal, si se le compara con lo que representaba en los años que mediaron del 76 al 82. Pudiendo agregar que los perseverantes esfuerzos de los pequeños grupos anarquistas han contribuido en una proporción que nos hace ver que no hemos perdido

el tiempo, á extender la idea de no gobierno, de los derechos individuales y de la iniciativa local y libre acuerdo, en oposición á las de la supremacía del Estado, centralización y disciplina que estaban en su apogeo hace veinte años.

Toda Europa está pasando ahora por una fase bien oscura del desarrollo del espíritu militar. Esto fué una inevitable consecuencia de la victoria obtenida por el imperio militar alemán, con su sistema de servicio general obligatorio, sobre Francia en el 71, habiendo sido ya desde entonces prevista y anunciada por muchos, y de un modo particularmente expresivo por Bakunin. Pero la contracorriente se hace actualmente sentir en la vida moderna.

Las ideas comunistas, despojadas de su forma monástica, han penetrado en Europa y América de un modo extraordinario durante los veintisiete años en que he tomado una parte activa en el movimiento socialista y podido observar su desarrollo. Cuando pienso en las vagas, confusas y timidas ideas manifestadas por los trabajadores en los primeros congresos de la Internacional ó en las que eran corrientes en París durante la insurrección de la *Commune*, hasta entre los más inteligentes de los jefes, y las comparo con las que se han abierto camino en nuestros días entre un gran número de trabajadores, me veo precisado á decir que me parecen pertenecer á dos mundos enteramente distintos.

No hay época en la historia — si se exceptúa tal vez el período de insurrección en los siglos XII y XIII que dieron por resultado el movimiento de los municipios medioevales — durante la cual un cambio de la misma índole, y tan profundo, se haya hecho sentir en las concepciones corrientes de la sociedad. Y ahora, á los cincuenta y siete años de edad, estoy más profundamente convencido, si es posible, que antes, que una combinación cualquiera de circunstancias accidentales puede hacer estallar en Europa una revolución que se extienda tanto como la del 48 y sea mucho más importante, no en el sentido de mera lucha entre partidos diferentes, sino en el de una profunda y rápida reconstrucción social; y tengo el convencimiento que, cualquiera que sea el carácter que semejante movimiento pueda tomar en diferentes países, en todas partes se manifestará un conocimiento más profundo de los cambios que se necesitan, de lo que jamás se ha dado á conocer durante los seis siglos últimos, en tanto que la resistencia que el movimiento encuentre en las clases privilegiadas apenas tendrá el carácter de obtusa obstinación que hizo tan violentas las revoluciones de los tiempos pasados.

La obtención de este gran resultado justifica bien los esfuerzos que tantos miles de criaturas de ambos sexos, y en todas las naciones y clases han hecho en los últimos treinta años.

FIN DE LA OBRA.